

cosas que la rodeaban. Sintió frío en las manos, que se mojó al sacar el agua, y se puso en pié. Volvió á tener miedo, pero un miedo natural é insuperable. Se apoderó de ella el pensamiento de huir, de huir á escape por medio del bosque, por medio del campo, hasta llegar á las casas. Su mirada se fijó en el cubo que tenia delante. Tal era el terror que la inspiraba la Thenardier, que no se atrevió á huir sin llevarse el cubo del agua. Cogió el asa con las dos manos y le costó gran esfuerzo levantarlo.

Dió con él una docena de pasos, pero el cubo estaba lleno y pesaba mucho; tuvo que dejarlo en tierra. Respiró un instante; volvió á coger el asa y andó un poco más que antes. Pero se detuvo otra vez. Andaba inclinada hácia adelante y con la cabeza baja; el peso del cubo le mantenía los brazos tiesos y tirantes. El asa de hierro entorpecía sus manos mojadas; de cuando en cuando se tenía que parar, y cada vez que se paraba, el agua fría que salía del cubo caía sobre sus piernas desnudas. Esto la sucedía á la pobre niña en el fondo de un bosque, en invierno, lejos de las miradas humanas; porque en aquel momento solo Dios presenciaba tan triste escena.

Ay! sin duda su madre también!...

Porque hay sucesos que hacen á los muertos abrir los ojos en la tumba.

Respiraba Cosette con dolorosa dificultad; los sollozos le oprimían la garganta, pero no se atrevía á llorar; ¡tanto miedo aun desde lejos tenia á la Thenardier! Siempre creía verla delante de ella.

Con tal peso podía hacer poco camino y andaba con lentitud. Pensaba con angustia que necesitaria más de una hora para llegar á Montfermeil, y que la bodegonera la pegaría. A esta angustia habia que añadir el miedo de verse sola y de noche en el bosque. Estaba fatigadísima y aun le quedaba mucho que andar. Cuando llegó á un castaño viejo que conocía, hizo una detención más larga que las otras para ver si conseguía descansar; despues reunió todas sus fuerzas y echó á andar valerosamente; pero la pobre niña, desesperada, no pudo menos de exclamar:—Dios mio! Dios mio!

Terminada la exclamación, sintió de pronto que el cubo ya no pesaba. Enorme mano acababa de coger el asa y lo levantaba vigorosamente. Cosette alzó la cabeza y vió que una forma negra, derecha y alta, caminaba á su lado en la

oscuridad. Era un hombre que no habia visto, pero que iba detrás de ella.

Este hombre, sin pronunciar una palabra, habia cogido el asa del cubo que llevaba Cosette. Hay instintos que no engañan en los encuentros que tenemos en la vida. La niña no tuvo miedo.

VI.

Donde se prueba la inteligencia de Boulatruelle.

En la tarde del día de Navidad de 1823 estuvo paseando un hombre durante mucho tiempo por la parte más desierta del boulevard del Hospital de Paris. Parecía buscar habitación, y se detenía con preferencia ante las casas más modestas y más retiradas del arrabal de San Marcelo.

Más tarde veremos que efectivamente habia alquilado un cuarto en dicho barrio aislado.

Este hombre, en su traje y en su persona, realizaba el tipo del mendigo simpático, es decir, el de la extrema miseria combinado con el de la extrema limpieza. Mezcla bastante rara, que inspira á los fisonomistas el doble respeto que sentimos hácia el que es pobre y hácia el que es digno. Llevaba sombrero redondo muy viejo, pero muy cepillado; leviton raído de paño basto de color de ocre, color que en aquella época no era extravagante; chaleco con bolsillos de forma secular, calzon negro, que estaba ya gris por las rodillas; medias de lana negra y zapatos gruesos con hebillas de cobre. Parecía un preceptor antiguo de una casa noble recién llegado de la emigración. Si le juzgamos por el cabello cano, por la frente llena de arrugas, por los labios lívidos, por la fisonomía entera, que denotaba cansancio y abrumamiento de la vida, le suponíamos sesenta años lo menos; pero si nos fijamos en su modo de andar firme, aunque lento, y en el vigor singular que imprimía á todos sus movimientos, apenas le suponíamos cincuenta años. Las arrugas de su frente estaban tan bien colocadas, que prevenían en su favor á cualquiera que le observara con atención. Sus labios se contraían formando un pliegue extraño, que parecia severo y era humilde. Su mirada destellaba lúgubre serenidad. Llevaba en la mano izquierda un paquete pequeño atado con un pañuelo, y con la derecha se apoyaba en un palo cortado de un seto. Este baston estaba muy bien trabajado y no tenia mal as-

pecto; el artífice supo sacar partido de los nudos, y él puso un puño de coral; era un palo y parecía un bastón.

Por dicho boulevard pasa poca gente, sobre todo en invierno, pero aquel hombre parecía que la evitaba.

En aquella época el rey Luis XVIII iba casi todos los días á Choisy-le-Roi, que era uno de sus paseos favoritos. Casi invariablemente á las dos pasaban el carruaje y la escolta real por el boulevard del Hospital á todo escape, lo que servía de reloj á los pobres del barrio, que decían:—Ya son las dos, pues ya vuelve á las Tullerías.

Unos corrían, otros se formaban en fila para esperarle, porque un rey que pasa causa siempre tumulto. La aparición y la desaparición de Luis XVIII producía cierto efecto en las calles de París. La escena era rápida, pero majestuosa. Este rey impotente era aficionado á ir á galope; no pudiendo andar, quería correr; no pudiendo usar las piernas, de buena gana á ser posible haría que tirasen relámpagos de su carruaje. Pasaba pacífico y severo por medio de los sables desenvainados. Su berlina, maciza y toda dorada, con ramas de lirio pintadas á los costados, rodaba extrepitosamente y apenas daba tiempo para poder ver su interior. En el ángulo del testero de la derecha, sobre almohadones de raso blanco, se veía una cara ancha y colorada, una frente recién empolvada, una mirada fiera, dura y fría, una sonrisa de letrado, dos charreteras gruesas de canelones retorcidos, y flotando sobre un frac de paisano el Toison de Oro, la cruz de San Luis, la cruz de la Legión de Honor, la medalla de plata del Espíritu-Santo; un vientre muy abultado y un grueso cordón azul; era el rey. Fuera de París llevaba sombrero con plumas blancas, que hacia descansar sobre las rodillas, que envolvía en altas polainas inglesas; pero cuando regresaba á la ciudad se cubría con el sombrero, saludaba poco y miraba friamente al pueblo, que le pagaba con la misma moneda. Cuando el rey apareció la primera vez en el barrio de San Marcelo, su triunfo consistió en esta frase, que un vecino del arrabal dijo á otro vecino:—Ese gordo que vá ahí es el gobierno.

El infalible paso del rey á la misma hora casi todos los días era el acontecimiento cotidiano del boulevard del Hospital.

El hombre de la levita de color de

ocre no era sin duda del barrio, ni quizás tampoco de París, porque ignoraba estos pormenores; así es que cuando desembocó en el boulevard el coche real, rodeado de un escuadrón de guardias de Corps, el hombre quedó sorprendido y casi aterrado. Estaba él solo en la calle de árboles y se colocó rápidamente tras la esquina de una pared, pero esto no impidió que el duque de Havre le viese. Este era el capitán de la guardia que estaba de servicio aquel día é iba sentado en el carruaje frente á frente al rey, y dijo á su majestad:

—Ese hombre tiene mala traza.

Los agentes de policía que vigilaban la carrera que debía andar el rey también notaron lo mismo, y uno de ellos recibió la orden de seguirle.

El hombre se internó en las callejuelas solitarias del arrabal, y como el día empezaba á declinar, el agente perdió la pista, según consta de un parte que dirigió aquella misma noche al conde Anglés, ministro de la Real Casa y prefecto de policía.

Cuando el desconocido hizo perder la pista al agente, dobló el paso, volviendo muchas veces la cabeza para asegurarse de que no le seguían. A las cuatro y cuarto, es decir, de noche ya, pasaba por el teatro de la puerta de San Martín, en el que aquel día se representaba el drama *Los dos presidiarios*. El cartel, que alumbraban los reverberos del teatro, le llamó la atención, porque, á pesar de ir de prisa, se paró á leerlo.

Momentos después estaba ya en el callejón sin salida de la Planchette y entró en el despacho de carruajes para Lagny. El coche salía á las cuatro y media. Los caballos estaban enganchados, y los viajeros, que el mayoral había llamado, subían la escalera de hierro del cupé.

El hombre preguntó:

—Hay asiento para mí?

—Sí, uno queda, á mi lado, en el pescante, le contestó el mayoral.

—Pues lo tomo.

—Subid.

Antes de partir el coche echó el mayoral una ojeada sobre el viajero y su pequeño paquete, y por precaución hizo que le pagase.

—Vais hasta Lagny? le preguntó.

—Sí.

El viajero pagó hasta Lagny.

El coche partió. En cuanto pasaron la barrera el mayoral trató de trabar conversación con el desconocido, pero éste solo le contestaba con monosílabos: al

comprender que no quería hablar, tomó el partido de silbar y de echar votos y ternos á los caballos.

Después se envolvió en la capa. Hacia frío: el desconocido no parecía ocuparse de esto.

Silenciosamente atravesaron Gournay y Neuilly-sur-Marne.

Hacia las seis de la noche llegaron á Chelles. El mayoral se detuvo para dar descanso á los caballos delante de la posada de Trajineros, establecida en los antiguos edificios de la Abadía real.

—Aquí me quedo, dijo el hombre de la levita.

Tomó el bastón y el paquete y saltó del carruaje.

En seguida desapareció.

No entró en la posada.

Cuando después de algunos minutos volvió á partir el coche hacia Lagny, no encontraron al desconocido en la calle Mayor de Chelles.

El mayoral se volvió hacia los viajeros del interior y les dijo:

—Ese viajero no es de este país, porque yo no le conozco. Tiene aspecto de ser un pobre, y sin embargo, malgasta el dinero; paga hasta Lagny y se queda en Chelles. Es de noche; todas las casas están cerradas, no entra en la posada y no le encontramos ya. Se lo ha tragado sin duda la tierra.

La tierra no se lo había tragado, pero aceleró el paso y cruzó rápidamente la calle Mayor de Chelles, y después se dirigió á la izquierda, antes de llegar á la iglesia, tomando el camino vecinal que vá á Montfermeil sin vacilar, como conocedor del país.

Andó con celeridad dicho camino; al llegar al sitio donde lo corta la antigua alameda que vá desde Gagny á Lagny, oyó que venía gente, se ocultó con precipitación en un foso y esperó á que se alejasen los que pasaban.

Esta precaución era, sin embargo, superflua, porque la noche estaba tan oscura que apenas se veían dos ó tres estrellas en el cielo.

En donde estaba el hombre empezaba la subida de la colina, pero éste no volvió á entrar en el camino de Montfermeil; se fué por la derecha á través del campo y se internó rápidamente en el bosque; al llegar al bosque acertó el paso, caminó poco á poco, como si buscara algo, y siguió dirección misteriosa, que solo él conocía. Pareció un instante que se había perdido y se paró indeciso. Por fin llegó á tientas á un claro, en el

que había un montón de piedras grandes y blanquizas. Se acercó á ellas y las examinó con atención, como si las fuese pasando revista. Inmediato á las piedras había un árbol corpulento, lleno de esas excrescencias que son las verrugas de la vegetación. Se aproximó á él y puso la mano en la corteza del tronco, como si procurase reconocer y contar todas las verrugas.

Frente á este árbol, que era un fresno, había un castaño, enfermo de una descortezadura, al que habían puesto por vendaje clavada una tira de zinc.

Después andó tentando el suelo con los pies durante un largo rato por el espacio comprendido entre el árbol y las piedras, para asegurarse de que no habían removido recientemente la tierra. Hecho esto se orientó y volvió á emprender la marcha al través del bosque.

Este hombre era el que acababa de encontrar á Cosette.

Caminaba por la espesura en dirección á Montfermeil, y divisó una pequeña sombra que se movía gimiendo, que dejaba la carga en tierra, la volvía á coger y continuaba andando. Acercóse á ella y vió que era una niña, cargada con enorme cubo de agua. Entonces se puso á su lado y le tomó silenciosamente el asa del cubo.

VII.

Cosette y el desconocido.

Cosette, como dijimos, no tuvo miedo al ver un hombre á su lado; éste le dirigió la palabra.

Hablaba con voz grave y bastante bajo.

—Hija mía, eso que llevas es muy pesado para tí.

Cosette levantó la cabeza y contestó:

—Sí, señor.

—Dame, pues; yo lo llevaré.

Cosette soltó el cubo. El desconocido echó á andar al lado de ella.

—En efecto, es muy pesado, murmuró entre dientes. Luego añadió:

—Qué edad tienes, niña?

—Ocho años, señor.

—Vienes cargada desde muy lejos?

—Desde la fuente que hay en el bosque.

—Vas muy lejos?

—Sí; me falta más de un cuarto de hora para llegar.

El desconocido permaneció un mo-

mento sin hablar; despues la preguntó bruscamente:

—No tienes madre?

—No lo sé, respondió la niña.

Antes de que el hombre tuviese tiempo para hablar, añadió:

—No lo creo. Las otras sí que tienen madre, pero yo no la tengo... creo que no la he tenido nunca.

El hombre se paró, dejó el cubo en tierra, inclinóse y puso las dos manos en los hombros de la niña, haciendo esfuerzos para poder ver su rostro en la oscuridad. El resplandor lívido del cielo dibujaba vagamente la figura flaca y macilenta de Cosette.

—Cómo te llamas? la preguntó.

—Cosette.

El desconocido sintió un sacudimiento eléctrico. Volvió á mirarla, quitó las manos de los hombros de la niña, cogió el cubo y echó á andar.

Al cabo de un instante preguntó:

—Dónde vives, niña?

—En una aldea que se llama Montfermeil.

—Vamos allí?

—Sí, señor.

Hubo otro momento de pausa y el desconocido hizo esta pregunta:

—¿Quién te envió á buscar agua en el bosque á estas horas?

—La señora Thenardier.

El desconocido replicó, con acento que se esforzaba por que fuese indiferente, pero cuyo temblor no pudo evitar:

—Quién es la señora Thenardier?

—Es mi ama, contestó la niña. Es la dueña de una posada.

—De una posada? Pues bien; allí iré á pasar esta noche. Guíame.

—Vamos allá, dijo la niña.

El desconocido andaba bastante de prisa. Cosette le seguía sin esfuerzo; ya no sentía el cansancio; de vez en cuando levantaba la vista para mirarle con una tranquilidad y un abandono inexplicables. No la habían enseñado á dirigirse á la Providencia ni á rezar, y sin embargo, sentía en sí algo parecido á la esperanza y á la alegría y que se encaminaba al cielo.

—¿No hay criada en casa de la señora Thenardier? continuó preguntándole el desconocido.

—No, señor.

—La sirves tú sola?

—Sí, señor.

Otra pausa. Cosette añadió á lo anterior:

—Pero hay dos niñas más en casa.

—Qué niñas?

—Eponina y Azelma.

—Qué son Eponina y Azelma?

—Las señoritas de casa, las hijas de la señora Thenardier.

—Y ellas qué hacen?

—Oh! tienen muñecas muy bonitas, muchas cosas de oro y muchos juguetes.

Juegan y se divierten.

—Todo el día?

—Sí, señor.

—Y tú?

—Yo, trabajo.

—Todo el día?

Levantó la niña sus grandes ojos, en los que asomaba una lágrima, que la oscuridad no dejó ver al desconocido, y respondió:

—Sí, señor.

Despues de una pausa, añadió como corrigiéndose:

—Algunas veces, cuando concluyo el trabajo y me lo permiten, me divierto también.

—Y con qué te diviertes?

—Como puedo. Me dejan, pero yo tengo muy pocos juguetes. Eponina y Azelma no quieren que juegue con sus muñecas, y yo solo tengo un sable pequeño de plomo, así de largo.

La niña señalaba su dedo meñique.

—Y no corta?

—Sí, señor, contestó la niña; corta ensalada y cabezas de moscas.

Llegaron á la aldea; Cosette guió por las calles al desconocido. Pasaron por delante de la panadería, pero ella no se acordó de entrar en ella por el pan encargado. El desconocido no la hacia ya preguntas, sumido en sombrío silencio. Cuando dejaron detrás de ellos la iglesia, al ver el hombre los barracones al aire libre, preguntó á Cosette:

—Hay feria aquí?

—No; es que es Navidad.

Al acercarse al bodegon, Cosette tocó tímidamente en el brazo del desconocido:

—Señor!

—Qué quieres, hija mia?

—Ya llegamos á la posada.

—Y qué?...

—Quereis que ahora lleve yo el cubo?

—Por qué?

—Porque si la señora vé que no lo llevo, me pegará.

El desconocido le devolvió el cubo. Momentos despues estaban á la puerta del bodegon.

VIII.

Las apariencias engañan.

Cosette no fué dueña de no dirigir una mirada oblicua á la muñeca grande que continuaba expuesta en el barracón de juguetes. Despues llamó en la posada: abrióse la puerta y apareció la Thenardier con una luz en la mano.

—Ah! eres tú, bribonzuela? ¡Gracias á Dios! ¡Se habrá estado divirtiendo la holgazana!...

—Señora, dijo Cosette temblando, aquí hay un señor que desea un cuarto en la posada.

La Thenardier trocó instantáneamente el gesto gruñon por el gesto amable, cambio visible y propio de los posaderos, y miró con avidez al recién venido.

—Es el señor? preguntó á la niña.

—Yo soy, respondió el hombre, llevando la mano al sombrero.

Los viajeros ricos no son tan atentos. Este ademán y la inspeccion del traje y del equipo del forastero, que examinó la Thenardier de una ojeada, hicieron desaparecer su amable gesto y reaparecer su mueca avinagrada. Contestóle, pues, con sequedad:

—Entrad, buen hombre.

El "buen hombre" entró. La Thenardier examinó con más atencion su leviton, que no podia estar más raído; su sombrero abollado, y con un movimiento de cabeza, con un fruncimiento de nariz y guiñando los ojos, consultó con su marido, que continuaba bebiendo con los trajineros. El marido la contestó agitando imperceptiblemente el dedo índice y dilatando un poco los labios, lo cual significaba en este caso: "Maldita la cuenta que nos tiene." Cuando obtuvo esta respuesta, la Thenardier dijo:

—Lo siento mucho, buen hombre, pero no tengo ningun cuarto desocupado.

—Pues me quedaré en el granero ó en la cuadra y pagaré como si ocupase un cuarto.

—Me dareis cuarenta sous.

—Cuarenta sous? Bueno.

—Pues estamos convenidos.

—Si eso no vale más que veinte sous! dijo en voz baja un trajinero á la bodegonera.

—Para él vale cuarenta, le contestó también á media voz la Thenardier. No admito los pobres por menos.

—Es verdad, replicó el marido con

acento suave; siempre es un perjuicio admitir gentes de esa clase.

Entre tanto, el desconocido, en cuanto dejó sobre un banco el paquete y el baston, se sentó junto á una mesa, en la que puso Cosette una botella de vino y un vaso. El trajinero que habia pedido agua para su caballo, él mismo tomó el cubo y se lo llevó. Cosette ocupó otra vez su puesto debajo de la mesa de cocina y se puso á hacer media.

El desconocido, que apenas desfloró el vaso del vino, contemplaba á la niña con atencion extraña.

Cosette era fea, pero si fuera feliz hubiera podido ser linda. Ya bosquejamos su cara sombría: era delgada y pálida, tenia cerca de ocho años y solo representaba seis. Sus grandes ojos, hundidos, estaban casi apagados de tanto llorar. Los extremos de la boca formaban la curvatura de la angustia habitual que se observa en los sentenciados y en los enfermos desahuciados. Tenia las manos "perdidas de sabañones."

El resplandor del fuego, que la iluminaba en aquellos momentos, descubria los ángulos de sus huesos y hacia visible su flacura. Como siempre estaba tiritando, adquirió la costumbre de apretar una rodilla contra la otra. Su vestido, hecho girones, hubiese dado lástima en el verano é inspiraba horror en el invierno. No la cubria ni un pequeño pañuelo de lana. Descubria la piel por varias partes, y aquí y allá se la veían manchas azules, que indicaban los golpes que habia recibido de la Thenardier. Todo el aspecto de la pobre niña, su aire, su actitud, su mirada, su silencio, el sonido de su voz, su menor gesto, expresaban una sola idea: el miedo. La expresion de la mirada de esta niña de ocho años era habitualmente tan triste, que habia momentos en los que parecia que se iba á volver idiota ó demonio.

Como dijimos, no sabia lo que era rezar, ni habia puesto los piés en la iglesia.

El desconocido no apartaba la vista de Cosette.

De pronto preguntóla la Thenardier:

—A propósito, y el pan?

Cosette, cada vez que la bodegonera la levantaba la voz, salia en seguida de bajo de la mesa.

Se habia olvidado de traer el pan y recurrió al expediente que recurren los niños cuando se asustan. Mintió.

—Señora, el panadero tenia la tienda cerrada.

—Por qué no llamaste?

—Sí que llamé.

—Y qué?

—No me abrió la puerta.

—Mañana sabré la verdad, dijo la Thenardier, y si me engañas verás la que se arma. Ahora devuélveme el dinero.

Cosette metió la mano en el bolsillo del delantal y se quedó lívida. No encontró en él la calderilla.

—Vamos, no me has oído?

Cosette volvió el bolsillo al revés; estaba vacío. La desgraciada niña no comprendió cómo había sucedido esto. Quedó petrificada.

—¿Has perdido el dinero ó me lo quieres robar? aulló la bodegonera, que al mismo tiempo alargó el brazo á las disciplinas que estaban colgadas en el rincón de la chimenea.

Aquel terrible ademán hizo gritar á Cosette:

—Perdonadme, no lo haré más!

La Thenardier descolgó las disciplinas.

Entre tanto el desconocido metió los dedos en el bolsillo del chaleco sin que nadie lo viese, porque todos los demás viajeros estaban ocupados en beber ó en jugar á los naipes y no se fijaban en nada más.

Cosette se revolvía con angustia en el rincón de la chimenea, tapándose todo lo que podía para librar sus miembros casi desnudos.

La Thenardier levantó el brazo.

—Perdonad, señora, dijo el desconocido; acabo de ver caer algo del bolsillo del delantal de la niña, que ha venido rodando hasta aquí. Quizás sea la moneda que busca.

Diciendo esto se inclinó y se puso á buscar un instante en el suelo.

—Aquí está, exclamó levantándose.

Entregó una moneda de plata á la Thenardier.

—Sí, esta es, dijo ella.

No era, pero se hizo la tonta, porque salía ganando.

La guardó en el bolsillo y se limitó á echar una mirada feroz á la niña y á decirle:

—Cuidado que te suceda otra vez!

Cosette volvió á meterse en lo que la bodegonera llamaba "su nicho", fijando la mirada en el desconocido con una expresión que no había tenido nunca; de admiración ingénuo, mezclada con una especie de estupefacta confianza.

—Queréis cenar? preguntó la Thenardier al viajero.

Pero éste no respondió. Estaba profundamente pensativo.

—Quién será este hombre? se preguntaba entre dientes la Thenardier. Parece que no tenga dinero para cenar. ¿Se irá sin pagarme el cuarto? He tenido la suerte de que no le ocurriese la idea de robarme el dinero que estaba en tierra.

En aquel momento entraron Azelma y Eponina.

Eran dos niñas muy lindas, que vestían como las de la clase media y no como las aldeanas. Estaban muy bonitas; la una con las trenzas de color de castaña muy brillantes y la otra con la larga cabellera negra, que la caía por la espalda; tan animadas, tan limpias, tan frescas y tan sanas, que daba gusto verlas. Iban muy bien vestidas. Estas dos niñas vertían rayos de luz; eran dos reinas; había cierta soberanía en sus trajes, en el júbilo y en el ruido que movían al entrar. Malhumorada la Thenardier, pero con tono de cariño, les dijo:

—Ah, sois vosotras!...

Después las sentó sobre sus rodillas, las alisó el pelo, las ató los lazos y las soltó en seguida de un modo suave, propio de las madres, exclamando:

—Qué mal vestidas estais!...

Se fueron á sentar al lado del fuego. Jugaban y cantaban con una muñeca, á la que daban vueltas y más vueltas sobre las rodillas. De vez en cuando Cosette levantaba la vista y veía con gran tristeza cómo jugaban.

Eponina y Azelma ni siquiera miraban á Cosette, que era para ellas como el perro.

Estas tres niñas, que entre las tres no tenían veinticuatro años, representaban ya la sociedad humana: parte de ellas la envidia y la otra parte el desprecio.

La muñeca de las hijas de la bodegonera estaba estropeada, sucia y rota; pero no por eso dejaba de parecer admirable á Cosette, que en su vida había tenido una muñeca, una verdadera muñeca, para usar una expresión que todos los niños comprenderán.

La Thenardier, que continuaba yendo y viniendo por la sala, notó que Cosette se distraía y que en vez de trabajar miraba cómo jugaban sus hijas.

—Ah, ya te he pillado! ¡Eres una holgazana! ¡Yo te haré trabajar á disciplinas!

El desconocido se volvió hácia la bodegonera y la dijo sonriendo:

—Bah!... Dejadla jugar!...

Si hubiera manifestado este deseo cualquier otro viajero que hubiera hecho buen gasto en la cena y no tuviera aspecto de un pobre asqueroso, hubiera sido una orden para la tabernera; pero ésta creyó que no se lo debía tolerar al desconocido, y le replicó con acritud:

—Es preciso que trabaje, ya que la mantengo.

—Pero qué es lo que trabaja? preguntó el desconocido, con voz tan suave, que contrastaba de un modo extraño con su traje de mendigo y con su facha de ganapan.

—Hace medias para mis hijas, que no tienen, vamos al decir, y que casi van con las piernas desnudas.

El desconocido se fijó en los pies amarrados de Cosette, y preguntó:

—¿Cuándo concluirá el par de medias que hace?

—Como es perezosa, aun tiene trabajo para tres ó cuatro días.

—¿Después de terminado ese par de medias, cuánto valdrá?

—Lo menos seis reales.

—Lo venderíais por cinco francos?

—Cáspita! exclamó uno de los trajineros soltando una risotada. Ya lo creo... pues digo, cinco francos!

Thenardier creyó que debía intervenir y dijo:

—Sí, señor; si teneis ese capricho os daremos ese par de medias por cinco francos. Nosotros no sabemos negar nada á los viajeros.

—Pero es preciso pagar en el acto, añadió la mujer con voz breve y perentoria.

—Compro el par de medias, respondió el desconocido—y añadió, sacando del bolsillo una moneda de cinco francos:—y lo pago.

Después, volviéndose á Cosette, la dijo:

—He comprado tu trabajo. Ahora puedes ir á jugar, hija mia.

El trajinero, que oía con curiosidad el diálogo anterior, se conmovió al ver la moneda de cinco francos, dejó su vaso y se acercó á reconocerla.

—Pues es verdad! exclamó. ¡Y no es falsa!

La cogió Thenardier y se la guardó silenciosamente en el bolsillo. Su mujer no podía replicar. Se mordió los labios y su fisonomía adquirió la expresión del odio.

Cosette, temblando, se atrevió á preguntar:

—Verdad que puedo jugar?

—Juega, le contestó la bodegonera con voz terrible.

—Gracias, la dijo Cosette.

Mientras con la boca daba gracias á la Thenardier, con el alma se las daba al viajero.

Thenardier continuó bebiendo. Acercósele su mujer y le dijo al oído:

—¿Quién podrá ser ese hombre del leviton?

—He visto, la respondió con tono soberano su esposo, he visto millonarios que usaban levitones como ese.

Cosette había dejado la media, pero estaba aun en "su nicho". Se movía siempre lo menos posible. Tomó de una caja que tenía detrás de ella algunos trapos viejos y un sablecito de plomo.

Eponina y Azelma no se fijaban en nada de lo que estaba sucediendo. Acababan de ejecutar una operación importante; se habían apoderado del gato. Arrojaron al suelo la muñeca, y Eponina, que era la mayor, ataba al gato con trapos y con cintas encarnadas y azules, á pesar de sus maullidos y contorsiones. Mientras ejecutaba esta difícil operación, decía á su hermana, con el dulce y adorable lenguaje de los niños:

—Mira, esta muñeca es más divertida que la otra. Se mueve, grita y no se deja vestir. Ven, Azelma, juguemos con ella. Será mi hija. Poco á poco verás sus bigotes y te extrañarás. Verás las orejas y la cola y te admirarás. Entonces me contestas:—Ay, Dios mio! y yo te responderé:—Sí, señora, es una niña que yo tengo: ahora las niñas son así.

Azelma oía á Eponina con adoración.

Entre tanto los bebedores se pusieron á entonar una canción obscena, de la que se reían de tal modo, que hacían temblar el techo. Thenardier los animaba y los acompañaba también.

Así como los pájaros hacen el nido de todo, así los niños hacen una muñeca de cualquier cosa. Mientras Eponina y Azelma envolvían al gato, Cosette había también envuelto el sable. Después se lo acostó en brazos y cantaba tiernamente para adormirlo.

La muñeca es una de las imperiosas necesidades y al mismo tiempo uno de los deliciosos instintos de la infancia femenina. Cuidar, vestir, adornar, desnudar, volver á vestir, enseñar, gruñir un poco, mecer, mimar, adormir, figurarse

que cualquier cosa es un sér humano; hé aquí todo el porvenir de la mujer. Mientras piensa y charla, mientras hace envoltorios pequeños y pequeñas mantillas y corsés y almillas, la niña se convierte en púber, la púber en adolescente y la adolescente en mujer. Su primer hijo es la continuación de su última muñeca. Una niña sin muñeca es tan desgraciada y tan imposible como una mujer sin hijos.

Cosette había hecho, pues, del sable una muñeca.

La Thenardier se acercó al desconocido, murmurando para sí:—Mi marido tiene razón; tal vez ese hombre sea el señor Laffitte. Hay ricos muy caprichosos! Se llegó, pues, á la mesa del desconocido, y apoyando en ella los codos, le dijo:

—Señor...

Al oír la palabra *señor* volvió la cabeza el hombre del leviton, á quien la Thenardier ya no llamaba *buen hombre*.

—Ya veis, señor, continuó diciendo con acento agridulce, que era en ella más repugnante aun que el acento feroz, que yo sí que quiero que juegue la niña, pero solo alguna vez. Es pobre y es preciso que trabaje.

—No es hija vuestra?

—No, señor; es una pobrecita que hemos recogido por caridad. Es algo imbecil. Debe tener la cabeza aguada. Hacemos lo que podemos por ella, porque no somos ricos. Hemos escrito á su país hace más de seis meses y no nos contestan. Debe haber muerto su madre.

—Ah! exclamó el desconocido, y quedó pensativo.

—Poco debía valer su madre cuando abandona así á su hija.

Durante esta conversacion, Cosette, como si le advirtiera el instinto que se ocupaban de ella, no apartaba la vista de la bodegonera. Escuchaba vagamente y oía algunas palabras.

Los bebedores, ya borrachos casi todos, repetían la inmundicia canción, yendo en aumento la alegría y el ruido. La Thenardier tomaba parte en las risotadas. Cosette, bajo la mesa, mecía otra vez al sable, convertido en muñeca de trapos, cantando en voz baja:—“¡Mi madre ha muerto! Mi madre ha muerto!”

Vencido por las instancias de la posadera, el desconocido consintió en cenar.

—Qué es lo que quiere el señor?

—Pan y queso.

—Indudablemente es un mendigo, dijo para sí la Thenardier.

Los borrachos continuaban entonando la canción, y la niña, debajo de la mesa, cantaba también la suya.

De repente dejó de cantar Cosette. Había vuelto la cabeza y visto en el suelo la muñeca de las hijas de Thenardier, que la habían dejado para jugar con el gato y que estaba á pocos pasos de la mesa de cocina. Entonces dejó en tierra el sable fajado y paseó con lentitud las miradas alrededor de la sala.

La tabernera hablaba en voz baja con su marido; Eponina y Azelma jugaban con el gato; los viajeros bebían ó cantaban; nadie se fijaba en ella. Sin perder un momento salió de bajo de la mesa, arrastrándose sobre las rodillas y las manos, se cercioró de que nadie la miraba, se deslizó con rapidez hasta la muñeca y la cogió. Un instante después estaba ya en su sitio, sentada y vuelta de modo que la sombra la tapase la muñeca que tenía en brazos. La felicidad de jugar con una muñeca era para ella tan extraordinaria, que la saboreaba con toda la violencia del deleite.

Nadie notó su operación más que el desconocido, que se comía lentamente su cena frugal.

El gozo de la niña duró cerca de un cuarto de hora.

A pesar de la precaución de Cosette, no se apercibió de que uno de los pies de la muñeca sobresalía y que el fuego de la chimenea le alumbraba de lleno; pues ese pié rosado y luminoso, que salía de la sombra, atrajo de repente la mirada de Eponina, que dijo á su hermana:

—Mira, Azelma, mira!

Las dos hijas de Thenardier se quedaron estupefactas. ¡Cosette se había atrevido á tomar la muñeca!

Eponina se levantó sin soltar el gato, se fué hácia su madre y le tiró de la falda.

—Déjame, estáte quieta! la dijo la tabernera. Qué es lo que quieres?

—Mira, madre, mira, exclamó la niña, señalándole á Cosette.

Cosette, entregada á los éxtasis de la posesión, no oía ni veía.

La fisonomía de la Thenardier adquirió esa expresión particular que se compone de lo terrible que interviene en las fruslerías de la vida y que hace dar á esta clase de mujeres el nombre de mejeras.

El orgullo herido exasperaba doblemente su cólera. Cosette había traspasado los límites del respeto. Cosette había

atentado á la muñeca de sus señoritas. No pondría tan mala cara una czarina que viese que su marmiton se ponía el gran cordón azul de su hijo imperial.

Gritó con voz ronca de indignación:—Cosette!

La niña tembló como si la tierra se abriera bajo sus piés.

—Cosette! repitió la bodegonera.

La pobre criatura cogió la muñeca y la dejó suavemente en el suelo con cierta desesperada veneración. Sin separarse de ella juntó las manos, y, es horrible decirlo de una niña de corta edad, se las torció. Después lloró, cuando no había conseguido que llorara ninguna de las emociones del día, ni la ida al bosque, ni el peso del cubo del agua, ni la pérdida del dinero, ni la vista de las disciplinas, ni las amenazas de la Thenardier.

El desconocido se levantó de la mesa y preguntó á la posadera:

—Qué es esto?

—Ya lo veis, contestó ésta enseñándole con el dedo el cuerpo del delito, que yacía á los piés de Cosette.

—Y bien, qué? insistió preguntando el viajero.

—Que este arrapiezo se ha permitido tocar la muñeca de mis hijas.

—Por eso moveis tanto ruido? Y aunque hubiera jugado con la muñeca, ¿qué tendria de particular?

—¡Es que la ha tocado con sus manos sucias!

Cosette redobló sus sollozos al oír esto.

—Callarás! la gritó la Thenardier.

El desconocido fué derecho á la puerta de la calle, la abrió y salió.

En cuanto no estuvo en la posada, la Thenardier se aprovechó de su ausencia para dar á Cosette un tremendo puntapié por debajo de la mesa; ésta, entonces, lloró con más fuerza.

Volvió á abrirse la puerta y apareció el desconocido, llevando en las manos la muñeca magnífica de que antes habíamos, y que admiraba todo el día á las niñas de la aldea. Se la presentó á Cosette y la dijo:

—Toma, para tí.

Es creíble que durante la hora que estaba en la posada habría distinguido aquel barracon de juguetes, alumbrado con velas y candilejas, y que se veía confusamente al través de los vidrios del bodegon.

Cosette levantó la vista al ver ir hácia ella al desconocido con la preciosa muñeca, y se quedó como si hubiese visto ir hácia ella el sol; oyó las palabras

inauditas *Para tí*, le miró, miró la muñeca, y después retrocedió con lentitud hasta esconderse en el último extremo bajo la mesa, en el rincón de la pared.

No gritaba, ni lloraba, pero no se atrevía á respirar.

La Thenardier, Eponina y Azelma parecían otras tantas estatuas. Hasta los jugadores dejaron de gritar y cantar. Reinaba silencio solemne en todo el bodegon.

La posadera, petrificada y muda, volvía á perderse en conjeturas:—¿Quién será este viejo? ¿Un pobre ó un millonario? Quizás sea las dos cosas, es decir, un ladrón.

La fisonomía de Thenardier presentó la arruga expresiva que acentúa la cara humana cada vez que el instinto dominante aparece en ella con todo su poder bestial. El figonero contemplaba alternativamente á la muñeca y al desconocido; parecía que olfateaba á aquel hombre como el que olfatea una talega de dinero. Pero esta contemplación fué rápida como un relámpago. Se acercó á su mujer y la dijo en voz baja:

—Esa muñeca le cuesta lo menos treinta francos. No hagamos tonterías y arrodillémonos ante ese hombre.

Las naturalezas groseras se parecen á las candidas en que para ellas no hay transiciones.

—Vamos, Cosette, la dijo la bodegonera, tratando de dulcificar su voz, que era de esa miel ágrica que tiene la de las malas mujeres; vamos, toma la muñeca.

Cosette se aventuró á salir de “su nicho”.

—Querida Cosette, repuso Thenardier con acento cariñoso, el señor te regala esta muñeca; tómala. Es tuya.

Cosette miraba la maravillosa muñeca con cierto terror. Había aun lágrimas en sus mejillas; pero sus ojos, como el cielo en el crepúsculo matutino, empezaban á llenarse de las extrañas irradiaciones de la alegría. Sentía entonces algo parecido á lo que sentiría si le dijese bruscamente: Hija mia, eres reina de Francia.

Le parecía que si tocaba aquella muñeca saldría de ella un trueno. Esto era verdad hasta cierto punto, porque creía que la Thenardier la reñiría y la pegaría.

Por fin triunfó en Cosette la atracción de la muñeca. Se acercó á ella y preguntó tímidamente á la Thenardier:

—Puedo tomarla?

—Sí, es tuya; el señor te la dá.